

Pandillas Juveniles en Centroamérica – o: La difícil búsqueda justicia en una sociedad violenta

„Agárrame la onda, bato“¹

Desde los años 60 un tipo muy específico de grupos juveniles se extiende como una sombra en los barrios marginales de las grandes ciudades de América Latina. Los jóvenes les dan a sus grupos nombres, sobre todo aquellos nombres, como *Los Sacaojos*, *Comemuerto* o *Vatos Locos*, que les diferencian más de los otros y que – a veces de manera autoirónica – hacen hincapié en sus características, y en general los que acentúan lo común de los diferentes grupos.

Según el país o la región denominan a sus grupos como *pandillas*, *bandas*, *galladas*, *clikas*, *parches*, *maras*, *chimbos*, *barras*, etc., y se llaman a sí mismos como *pandilleros/-as*, *chavos-as/bandas*, *cholos/-as*, *mareros/-as*, *chapulines*, etc. Los jóvenes toman estas expresiones en parte de la prensa o de la policía que las utilizan de manera perjudicial, y les dan su propia interpretación. En Centroamérica, se habla de *pandillas*, pero se ha generalizado también la expresión *maras* (sobre todo en El Salvador, Guatemala y Honduras)². Por lo tanto, cuando en este artículo hablo de pandillas o de maras, ambos términos tendrán el mismo sentido.

Las expresiones sugieren que se trata de agrupamientos de jóvenes cuyos asuntos y sentido de la vida están centrados en violencia, robo y drogas. La imagen pública y la visión que se tiene de ellos, están fuertemente impregnadas por los medios de comunicación masiva, que de manera casi unánime ponen a estos grupos como la forma peor de delincuencia y decadencia social, y que con sus diabólicos reportajes estilizan a los jóvenes en un engendro del infierno a los que hay que tratar con mano dura³.

Hablar de maras o pandillas favorece estereotipar a los jóvenes, no sólo porque el término tiene un contenido negativo, sino también porque así una parte de los jóvenes son apartados de manera rígida por otra parte que supuestamente es completamente diferente. En vez de tener en cuenta la diversidad de cómo se forman estos grupos, se tiende a reducirlos a los términos opuestos de "bueno" y "malo". Esta visión blanco-negro tiene muy poco que ver con la vida real, las actividades, y sobre todo con los

¹ Dicho de pandilleros en El Salvador, cit. por Escobar 1996: 328.

² En Costa Rica se habla en ocasiones de barras y chapulines.

³ La cantante de rock Lorena Cuerno, que ella misma ha realizado un estudio sobre las maras y está practicando con ellas proyectos musicales, observa: "No solo mara es, en El Salvador actual, una palabra con una connotación negativa sino que se ha convertido en un estigma para calificar a todo aquel que parece marero. Así, el que está tatuado o escucha *heavy metal*, se presume marero y, por implicación, un delincuente común" (Cuerno 2000: 62). El sociólogo nicaragüense José Luis Rocha (2001: 439) caracteriza a los reportajes sobre las pandillas como pretender "apagar el fuego con gasolina".

motivos y la percepción de sí mismos de los jóvenes y con la manera en que ellos se organizan.

Pero, ¿cómo escapar de ese dilema? Las agrupaciones juveniles se diferencian en sus expresiones, forma de organización y en lo que entre ellos se da por sobreentendido, por lo menos del mismo modo y de manera tan fuerte como se diferencian la situación de vida y la historia personal de sus actores. Para las agrupaciones aquí discutidas, no hay ninguna denominación que esté libre de connotaciones negativas – y esto no es ninguna casualidad. El intento de denominaciones “neutrales”, como por ejemplo *grupos espontáneos*, *grupos informales*, o *formas de agrupación juvenil* (véase Urtuega Castro-Pozo 2000) para escapar a los estereotipos, no conducen a nada porque son muy generales y no tienen en cuenta las características de las agrupaciones de las cuales se ocupa este artículo.

Para enfrentar a los estereotipos más usuales voy a poner especial atención en la vida interna de las pandillas y en sus actividades de hecho, en sus motivos y en sus explicaciones propias. Los jóvenes no deben ser entendidos como unos “recipientes vacíos que son rellenos por adultos a los cuales solamente imitan” (así de crítico AVANCSO 1988: 16), sino como sujetos que tienen sus propias ideas así como una propia estrategia vital y que crean sus propias culturas. En ello quedará claro que en el caso de las pandillas se trata de un fenómeno social múltiple que abarca desde los pequeños grupos de “esquineros”, hasta las sutilmente estructuradas organizaciones que llegan a tener un carácter internacional, y que cada grupo tiene sus peculiaridades. Hay diferencias entre las pandillas de diferentes países y estas pandillas se van transformando con el paso del tiempo.

A diferencia de México y Colombia (véase Urtuega Castro-Pozo 2000, Valenzuela Arce 2002, Ardila Pedraza et al 1995, Salazar 1990, 2002), las pandillas juveniles se han convertido en Centroamérica no antes de mediados de los noventa en un tema de investigación social. Únicamente en Guatemala se inició, ya en 1987, un estudio de investigación que se ocupó con especial atención de las perspectivas de los jóvenes pandilleros (AVANCSO 1988).

Un nuevo empuje para la investigación lo dió el Instituto Universitario de Opinión Pública de la Universidad Centroamericana (UCA) en San Salvador, el cual realizó en 1996 una gran investigación con pandilleros de la capital salvadoreña (IUDOP 1997, Cruz/Portillo Peña 1998). La investigación se destaca en su método en que los pandilleros son incluidos en el proceso de investigación como sujetos activos. Los jóvenes no solamente rellenan las encuestas, sino que incluso participaron en la planificación de la investigación, la redacción de las encuestas e incluso la discusión y el análisis de los resultados. Aparte de las encuestas se desarrolló un grupo de discusión con miembros femeninos de las maras⁴. Cuatro años más tarde el mismo instituto realizó una investigación comparativa con 938 pandilleros y pandilleras de la

⁴ El proceso está detalladamente descrito en: Cruz/Portillo Peña (1998): 173-183. Tuvo como consecuencia que varios jóvenes de diferentes maras formaran un grupo con el nombre de *Homies Unidos*, que sin renunciar a su identidad de pandilleros, abogaban por el entendimiento entre las maras y la renuncia a la violencia. El enfoque de la investigación se correspondía en parte con el que en un estudio francés respecto a las pandillas juveniles en los *banlieus* de Lyon (Dubet 1987), se denominó “intervención sociológica”.

gran región de San Salvador, así como de los municipios de Quezaltepeque, Cojutepeque y Nejapa (Santacruz Giralt/Concha-Eastman 2001)⁵ .

En Honduras se ocupó por primera vez en 1998 un sociólogo explícitamente de las pandillas juveniles. El estudio se centra en 86 jóvenes que fueron condenados por el juzgado de menores en San Pedro Sula y que por cierto se basa exclusivamente en fuentes secundarias (Orellana Maglioni 1998)⁶. En Nicaragua un joven antropólogo británico, el cual se unió a una pandilla por diez meses en un barrio de Managua, presentó un informe multifacético (Rodgers 1997). A él le siguieron dos ensayos de un sociólogo de la Universidad Centroamericana en Managua, basados en observaciones y diálogos con pandilleros y pandilleras en un barrio y dos prisiones de esta ciudad (Rocha 2000a, 2000b).

Las publicaciones de José Luis Rocha son parte de un hasta entonces único proyecto de investigación centroamericano en colaboración con cuatro institutos en El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, y cuyos resultados fueron presentados en un volumen (MPC 2001). Especialmente aclarador son los nuevos estudios cualitativos de Honduras (Castro/Carranza 2001) y Nicaragua (Sosa Meléndez/Rocha 2001), basados en intensivas observaciones y diálogos con pandilleros en barrios de la ciudad hondureña El Progreso y de Managua, cuyas biografías reconstruyen. El estudio de El Salvador (Santacruz Giralt/Cruz Alas 2001), se basa en discusiones de grupo con expandilleros y pandilleros en activo, así como con familiares y vecinos, que sin embargo no tuvieron lugar en estos barrios sino en la universidad. El estudio de Guatemala (Merino 2001), se limita a resumir el estudio-AVANCSO de 1987, a valorar publicaciones de la prensa, y a seguir las opiniones difundidas en la población.

Los cuatro estudios se caracterizan – a pesar de tener en parte diferentes métodos de investigación – por interpretar el fenómeno de las maras y las pandillas, así como la violencia practicada por ambas en un contexto social y político amplio. Sin embargo, en sus interpretaciones – en comparación con publicaciones anteriores de algunos autores participantes (Cruz/Portillo Peña 1998, Rocha 2000a) – se establece una tendencia mecanicista en la explicación de los modelos, que a mi parecer no aclara de manera adecuada, ni la complejidad de las condiciones de formación de las maras y pandillas, ni los motivos y autovaloraciones de sus actores. En vez de observar a las pandillas como una forma de vida con todas sus facetas son estilizadas exclusivamente como “vehículos de violencia“. Esto también vale para el estudio consecutivo del IUDOP (Santacruz Giralt/Concha-Eastman 2001) que contempla a las maras casi solamente bajo el aspecto de sus negativas consecuencias para la salud y la vida.

Al lado de las citadas investigaciones me baso a continuación en unos pequeños estudios, publicaciones periodísticas y ensayos, así como en experiencias y

⁵ La encuesta quedó de nuevo en manos de los jóvenes organizados en *Homies Unidos*, que ahora se llaman “pandilleros calmados” (para comparar el proceso de investigación véase Santacruz Giralt/Concha-Eastman 2001: 46-58). Además se pueden mencionar que hay en El Salvador ambos estudios cualitativos de Smutt/Miranda (1998) y Cuerno (2000), así como un anterior estudio psicológico de Argueta et al (1992).

⁶ Además el tema es esporádicamente referido desde 1993 en estudios, los cuales se ocupan del aspecto de los derechos humanos con las diferentes formas de violencia en Honduras (véase Salomon 1993 y Salomon/Castellanos/Flores 1999).

observaciones propias que he realizado desde 1984 en Nicaragua, Honduras, Guatemala y El Salvador⁷.

En este artículo esbozaré primero la historia de las pandillas juveniles en algunos países centroamericanos para dar una visión de las diferentes formas de formación y tipos. En un segundo paso explicaré las características sociales y los elementos de la situación vital de los pandilleros y las pandilleras. Seguidamente me dedicaré a las principales actividades de las pandillas y a los significados que los pandilleros dan a estas actividades. En un siguiente paso dedicaré mi atención a los modelos culturales, las nociones sobre los valores y las relaciones sociales en las pandillas, y analizaré los significados que tiene el grupo para los pandilleros. Finalmente intento sondear los motivos y causas que llevan a los jóvenes a organizarse en pandillas, poniendo especial interés en el tema de la violencia.

Historia

En Centroamérica, así como en otras partes de América Latina, las agrupaciones de adolescentes y jóvenes pertenecen, desde los años 60, a la imagen de las grandes ciudades. Surgen de manera proporcional al crecimiento de barrios y colonias marginales y se pueden entender como la consecuencia de un desarrollo capitalista que destruye las formas de vida tradicionales y las bases de subsistencia agraria, sin que se posibilite a las personas expulsadas del campo, las bases de una existencia estable y menos aún una vida mejor. Para los adolescentes y jóvenes que tienen toda una vida por delante, ésto significa una exigencia muy grande (véase Liebel 1992: 57-65). Las pandillas juveniles se pueden entender como una respuesta colectiva de los jóvenes a su situación vital insostenible y como un desafío a una sociedad que les niega su participación y su futuro.

Hasta los años 80 se trata de formaciones de vida relativamente corta y con estructuras informales. En este tiempo se distinguen dos tipos de grupos. Un tipo de grupo son jóvenes que se encuentran en las esquinas de las calles de sus barrios para disfrutar, más allá del trabajo y de la escuela, de su tiempo libre, y que a veces – relacionados con movimientos sindicales o estudiantiles – protestan en contra de situaciones anómalas (p. ej. la subida de las tarifas del transporte público). El otro tipo son niños y adolescentes, que al menos temporalmente viven en la calle, y que se encuentran en determinados lugares para organizar su sobrevivencia. Estos últimos viven fundamentalmente de robos, de pedir en la calle, y de trabajos temporales.

Estos jóvenes no se identifican todavía – como las posteriores pandillas – con un barrio determinado, sino que están ocupados en primer lugar en encontrar sitios donde temporalmente y de alguna manera estén protegidos y donde puedan pasar la noche o su tiempo libre sin ser molestados. Conflictos entre estos grupos juveniles son relativamente raros a causa de su fugacidad, que no deja casi que se originen sentimientos de pertenencia a un grupo. Por supuesto que hay enfrentamientos con policía y militares que persiguen a los jóvenes y que intentan alejarlos de la imagen de la calle – en Nicaragua durante los últimos años del régimen de Somoza, en Guatemala

⁷ Sobre Costa Rica encontré solamente informaciones rudimentarias, y sobre Belice y Panamá absolutamente ninguna fuente de información. En el diario *La Nación* (Arguedas/Segnini 2000) se publicaron algunos comentarios de sociólogos de la Universidad de Costa Rica.

durante el régimen militar que se estableció en 1978 – con métodos brutales que llegan hasta la eliminación física⁸.

Aproximadamente a mitad de los años 80 se cambia en parte el carácter de los grupos juveniles. Junto a los “grupos de esquina” y los grupos de “niños de la calle” surgen y se extienden⁹ las propias pandillas que comparativamente tienen nuevas acciones y formas de organización. Adquieren pronto considerable significado y prestigio entre los jóvenes del barrio. Estas pandillas sueltas están compuestas fundamentalmente más de jóvenes que los hasta la fecha grupos de la calle, la mayoría de 40 hasta 50, algunas llegan incluso hasta cien y más. Entre sus actores se encuentran sobre todo jóvenes que viven en los barrios y que se identifican con ellas. La defensa de los territorios delimitados por los jóvenes, algunas cuadras o todo el barrio, se convierte en uno de los elementos centrales de entender sus actos. Mientras que los hasta ahora grupos de la calle, más bien evitaban llamar la atención en exceso, se presentan las pandillas en la calle, en el vecindario y en las escuelas públicas de manera provocativa y llamando la atención (véase AVANCSO 1988: 2). En Guatemala y más tarde en El Salvador y Honduras, toman el nombre de mara¹⁰ en Costa Rica se llaman a sí mismos chapulines¹¹ (véase Cuerno 2000: 68).

El desarrollo en El Salvador, a causa de la guerra civil¹² que duró largos años, sucede con cambios en el tiempo. Aquí aparecen las maras en grandes proporciones en 1992, después del acuerdo de paz y toman al mismo tiempo formas particulares. En las primeras maras se juntan no solo jóvenes de los barrios, sino también muchos antiguos guerrilleros y soldados desmovilizados que están muy decepcionados con respecto a las esperanzas que tenían puestas en una vida mejor y en un reconocimiento social. Además vienen jóvenes también que durante la guerra civil emigraron con sus familias a los EEUU, o nacieron allí y que fueron de nuevo expulsados¹³. Las biografías y

⁸ En Nicaragua participaron muchos grupos callejeros en la resistencia contra la dictadura somozista y simpatizaban, al menos al principio, con la revolución sandinista que triunfó en 1979 (véase Liebel 126-127, Cuerno 2000: 71). En Guatemala “hasta octubre de 1978 la calle tenía un significado muy especial para los jóvenes. En ella habían podido mostrar sus disgustos, manifestar sus pretensiones, ser ellos mismos. Detenciones arbitrarias y torturas en un inicio, desapariciones después, y finalmente la fuerza brutal de las armas de fuego, los habían hecho callar y retirarse de un territorio que consideraban propio” (Merino 2001: 164).

⁹ El desarrollo sucede paralelo al desarrollo en México (véase Gomezara et al 1987a, 1987b, Reguillo Cruz 1995, Encinas Garza 1994). Ya, incluso antes de 1985 había en México y parte de Centroamérica algunas pandillas con carácter territorial, pero apenas fueron tomadas en cuenta por la opinión pública.

¹⁰ El nombre de mara fue primero utilizado por la policía durante una huelga en contra de la subida de las tarifas de autobús en la que participaron de manera activa las pandillas, y tomaron de la policía el nombre para autodenominarse. El nombre viene probablemente de la película brasileña “Marabunta”, que la ponían en ese tiempo en los cines.

¹¹ También la expresión chapulín surge originariamente de la policía y era para subrayar el carácter delincuente de las pandillas; fue considerado apropiado, de una manera irónica, por las pandillas. En la novela *Los Dorados* (Muñoz Chacón 2000), se presenta la vida cotidiana de las pandillas en los barrios de San José en el lenguaje de los pandilleros de manera muy sensible y gráfica.

¹² Al igual que en Nicaragua se unen también en El Salvador muchos jóvenes de las ciudades a la guerrilla.

¹³ Casi al mismo tiempo que el acuerdo de paz, se recrudesció en los EEUU la ley de emigración y en los años siguientes fueron deportados miles de jóvenes a El Salvador (así como a otros países de Centroamérica y a México), que se habían organizado en *street gangs* o que habían entrado en conflicto con la ley de otras maneras (véase De Cesare 1998: 25-26).

experiencias tan especiales de estos jóvenes conlleva que muchas maras en El Salvador traigan una corriente especialmente violenta.

Las maras en las que los jóvenes de los EEUU llevan la voz cantante, se caracterizan porque son especialmente grandes y rigurosamente organizadas y actúan con armas de fuego. Las dos más conocidas entre ellas son la *Mara Salvatrucha (MS)* y la *Mara Dieciocho (M18)*¹⁴. Sus miembros más activos y sus dirigentes pertenecían antes a las *gangs* del mismo nombre en Los Angeles en las que se habían mantenido juntos solamente jóvenes latinos, los llamados chicanos¹⁵. En El Salvador abarcan cada una algunos cientos de miembros y su campo de acción no está limitado a barrios singulares, claramente están subdivididos en *clikas* locales, que actúan y avanzan independientemente. Mantienen relaciones con maras en Guatemala y Honduras, algunas del mismo nombre, en las que se encontraban jóvenes que fueron deportados de los EEUU¹⁶. Junto a estas maras organizadas de diferentes países, existen en El Salvador así como en otros países de Centroamérica, las llamadas maras locales o maras de barrio, que tienen sus puntos de acción en los barrios locales¹⁷.

José Luis Rocha (2001), en una consideración comparativa sobre los nuevos estudios de Centroamérica (MPC 2001), señala que entre las maras en El Salvador, Guatemala y Honduras por un lado, y las pandillas en Nicaragua por otro lado, existen diferentes características. Las maras actúan de manera más profesional y agresiva que las pandillas en Nicaragua. Rocha atribuye esto a la gran represión estatal y paramilitar y a la fuerte influencia de los EEUU en los países nombrados primeramente. Que las estructuras de las maras sobrepasen las fronteras nacionales lo interpreta como una consecuencia de la globalización, que en el contexto del que se habla, está muy influenciado por el narcotráfico a nivel internacional, que influye y da el tono al aumento de la violencia y el fuerte perfil delictivo actual de las maras en El Salvador, Guatemala y Honduras.

En la ciudad de Guatemala, según estimaciones oficiales, debían de estar activos ya en 1887 unos 28,000 jóvenes (AVANCSO 1988: 2), y desde entonces supuestamente con un tendencia a aumentar (Merino 2001: 167-168). En El Salvador pertenecían a las maras a finales de 1996 por lo menos 20,000 jóvenes (IUDOP 1997: 695, De Cesare 1998: 25), la gran mayoría en la capital San Salvador. En el año 2000, las estimaciones son de 30-35,000 (Santa Cruz Giralt/Concha-Eastman 2001: 13). En Honduras la prensa local estima que en 1998, el número de mareros activos en 60,000. Sólo en la capital Tegucigalpa habría 151 grupos de maras con 14,858 miembros (11,987 chicos y 2,861 muchachas) (Castro/Carranza 2001: 237). En Managua, la capital de Nicaragua, la policía contó a principios de 1999, 110 pandillas con una media de 75 miembros, lo

¹⁴ *Salvatrucha* significa "El Salvador debe vivir", el nombre *M18* se inspira en la 18th Street en Los Angeles, uno de los preferidos campos de acción de las bandas de allí.

¹⁵ Sobre el proceso de formación, las actividades y las formas de organización de las bandas de chicanos en Los Angeles, véase Diego Vigil 1994 y De Cesare 1998.

¹⁶ En el aeropuerto de Ciudad de México hay una especie de departamento internacional de maras. Aquí son recibidos los que vuelven de manera obligada (*homies*) y reclutados para los grupos.

¹⁷ Las maras y pandillas de las que se habla aquí, se deben diferenciar de grupos de escolares en algunas escuelas privadas ("maras light"), que imitan a las maras y se llaman de igual manera, su meta principal es la defensa del uniforme escolar. Del mismo modo se trata de diferenciar a las maras de ciertos grupos que fueron fundadas con el único fin de hacer actos delictivos, esto pertenece al repertorio de actividades de muchas maras, pero no es el punto central de sus intereses (véase Cuerno 2000: 701-702, Merino 2001: 178).

que hace una suma total de 8,250 pandilleros (Rocha 2000a: 19). Rocha estima que el número es más alto e indica que en algunos barrios de Managua la mayoría de los jóvenes se consideran pandilleros (op.cit.: 20). En Costa Rica, se considera que allí los chapulines juegan un papel numérico pequeño y de manera permanente están menos organizados (Krauskopf 1996: 776, Cuerno 2000: 68).

Las cifras dadas se consideran sólo como aproximativas. Los organismos oficiales y la prensa suelen basarse en ellas para dramatizar el fenómeno y raramente se dicen los métodos y criterios en los que se basan esas estimaciones. José Miguel Cruz hace hincapié en que el fenómeno está hoy tan extendido que apenas es posible cuantificarlo (véase su presentación a Santa Cruz Giralt/Concha-Eastman 2001: 24). De lo que no cabe duda es que en las pandillas y en las maras de la mayoría de los países de Centroamérica, participan actualmente un número grande de jóvenes que supuestamente tiende a aumentar.

Situación de vida y biografía

“Toda mi vida ha sido una cruz, pues mi papá es alcohólico y ahorita está tomando desde la Navidad y no hay modo que para la furia, en cambio mi mamá es la mejor del mundo... y no sólo lo digo yo. Yo tengo una hermana y los dos sufrimos mucho porque mi papá no nos da dinero, ni para comer. Hoy llegó a las 5:00 bolo...Ah, pero mi abuelita que vive en los USA, ella sí nos quiere, ella nos ayuda, gracias a ella puedo estudiar“ (pandillera según AVANCSO 1988: 52).

Al contrario de lo que ampliamente se supone de que las pandillas y maras están llevadas por jóvenes que viven en la calle o que cuando eran niños fueron niños de la calle, la mayoría de las investigaciones resaltan que los jóvenes tienen su centro vital en los barrios y que allí, en su mayoría disponen de un hogar, por precario y conflictivo que éste sea. En las investigaciones también se destaca que la mayoría de los pandilleros, en absoluto se mantienen con hurtos y atracos, sino que después de abandonar la escuela ejercen un trabajo mejor o peor pagado o lo tratan de encontrar y aparte de eso cuentan con una formación escolar que supera la media¹⁸.

En Guatemala, en los años 80, la mayoría de los mareros (80 por ciento) tenían entre 15 y 19 años y ninguno mayor de 25 años. Se mostraba una cierta tendencia a que la media de edad lentamente se moviera hacia abajo, y el punto central estaba entre los 12 y 15 años. En El Salvador de los años 90, la edad de la mayoría de los mareros (72 por ciento) es por cierto semejante a la de Guatemala diez años antes, entre 16 y 21 años. En el año 2000, los jóvenes al entrar en la mara tenían un promedio de 15.1 años (los chicos) y 15.3 años (las muchachas). Actualmente, más de la mitad de los jóvenes entran en las maras entre 11 y 14 años.

Las maras al principio se componían principalmente de varones, en Guatemala un 80 por ciento y en El Salvador un 78 por ciento. Una encuesta posterior en Guatemala, que se considera representativa, da como resultado una cuota de chicas de un 44 por ciento. Actualmente en El Salvador se estima que la proporción de chicas es de un

¹⁸ Los datos contenidos en este párrafo se refieren fundamentalmente a Guatemala y a El Salvador, y están tomados de las siguientes publicaciones: AVANCSO 1988 y 1993, IUDOP 1997, Cruz/Portillo-Peña 1998, DeCesare 1998, Cuerno 2000. Algunos datos sobre las pandillas en Honduras se encuentran en Boddiger 2001 y Castro Carranza 2001, sobre Nicaragua, en Sosa Meléndez/Rocha 2001.

tercio¹⁹. El número de chicas que se unen a las maras, o incluso las fundan, parece que aumenta. Actualmente hay en ambos países (y supuestamente también en otros), una serie de maras en las que el número de chicos y el de chicas se aproxima. Mientras que en la mayoría las chicas tienen una posición subordinada, hay algunas maras, en las que las chicas tienen un posición dirigente y son respetadas como líderes por los chicos.

Las maras pasan una gran parte del tiempo en la calle, pero en la mayoría de los casos disponen de una casa. La gran mayoría pasa la noche en casa, en Guatemala un 80 por ciento, en El Salvador un 90 por ciento. En El Salvador viven más de la mitad en la casa de los padres (52.7%), la mitad por otra parte con la madre, algunos también sólo con el padre. Otros viven con amigos (13.7%), con familiares (12.4%), con su amigo o su amiga (8.7%), el resto viven solos o con otros jóvenes. Es digno de atención que una tercera parte tiene sus propios hijos, un 38 por ciento de las chicas son ya madres.

En Guatemala no se encontraron analfabetos entre los mareros. El 61 por ciento iban a la escuela primaria o a la secundaria, y el 38 por ciento habían dejado ya la escuela²⁰. Claro que nadie iba a una escuela privada, los llamados colegios, en los que pagando se ofrece una educación mejor. Todos los jóvenes a los que se les preguntó mostraban un gran interés en su propia educación, pero pocos estaban contentos con su escuela²¹. La mayoría de las escuelas, las valoraban como aburridas e inútiles.

Muchas maras muestran su descontento también en la escuela y no raramente deben abandonar la escuela antes de tiempo a causa de su comportamiento rebelde. En el estudio de AVANCSO, los investigadores se muestran impresionados por la capacidad que tienen los mareros para comentar las circunstancias políticas y sociales y se ven paralelismos entre ellos y los jóvenes activistas de los movimientos políticos de los años 70.

También en El Salvador los mareros se muestran casi todos (96.3%), como alfabetizados y muchos tienen una formación escolar por encima de la media. Casi la mitad (46.3%) fue a la escuela hasta el novena grado, una tercera parte (32.5%) hizo la escuela hasta acabar el bachillerato. Como media los jóvenes tenían hechos 8.4 años escolares, y los que de manera obligada tuvieron que volver de los EEUU incluso 10.21 cursos escolares. Sin embargo, también el número de los que abandonaron la escuela antes de tiempo sin ningún certificado era relativamente alto. Cuando se hizo la encuesta se encontraban la mayoría fuera del sistema escolar (75.9%), lo que los investigadores del IUDOP explicaban debido a que la escuela no ofrecía a los jóvenes ninguna oferta adecuada, no los motivaba a aprender y los excluía por motivos sociales²².

¹⁹ Boddiger (2001: 2) habla tomando como referencia un estudio no publicado de la *Asociación Cristiana de Jóvenes* (Autores: José Acevedo y Mario Posas), en Honduras habría un 88.2 por ciento de chicos y un 11.8 por ciento de chicas.

²⁰ Comparado con eso, iban a la escuela en los años 80, sólo el 50% de los jóvenes entre 15 y 19 años que vivían en la ciudad.

²¹ El gran interés en la formación, a la vez que el rechazo de la escuela existente, se documenta muy bien en el estudio de Ardila Pedraza et al 1995, también en las pandillas de la capital de Colombia, en Bogotá.

²² En Honduras habían dejado la escuela antes de tiempo, según Boddiger (2001: 2) 85 por ciento de los pandilleros.

En Guatemala los mareros están mal pagados en los trabajos temporales que realizan, pero no trabajan regularmente. En general dan una parte de lo que ganan a los padres y contribuyen muy activamente en el sostenimiento de la familia. Pero también, si ellos cogen de su sueldo lo que necesitan para sus necesidades, entonces la familia no se ocupa más de ellos. Cuidar a su familia les produce orgullo y les da un cierto poder en ella. Esto trae como consecuencia el mantenimiento de los lazos familiares, así como el distanciamiento de la familia, cuando es necesario. Un gran problema para ellos es sin duda que apenas es posible encontrar una casa propia.

En El Salvador, diez años más tarde, la situación de los jóvenes era considerablemente más complicada. Casi tres cuartos (74.5%), de los encuestados no tenían en el momento en que se hizo la encuesta ningún trabajo pagado²³, y de los pocos que tenían uno, sólo la mitad (52.5%) disponía de un contrato de trabajo. El resultado ponía de manifiesto que sólo uno de diez jóvenes tenía un trabajo más o menos seguro. De aquellos que tenían un trabajo pagado, el 28.4 por ciento se desempeña en algún tipo de oficios especializados (zapatero, corte y confección, panadero, etc.), el 18.2 por ciento se dedica a oficios no especializados (ordenanza, empleada doméstica, etc.) y el 12.9 por ciento trabaja como mecánico automotriz. Otros, en menores porcentajes, son comerciantes, transportistas, empleadas de oficinas, empleados de servicio y carpinteros. La mayoría de los trabajos no están en relación con el nivel de estudios alcanzado y eran mal pagados. Su sueldo es tan pequeño e irregular que, por lo menos de vez en cuando, no les queda más remedio que hacer actividades ilegales como por ejemplo vender drogas o robar, para conseguir lo necesario para vivir²⁴.

Las familias de las que vienen los mareros viven en la mayoría de los casos en tal pobreza que no pueden alimentar adecuadamente a sus hijos y de ninguna manera ayudarles económicamente. A menudo el espacio de la casa es tan pequeño, que a medida que los niños se hacen mayores no hay ningún espacio para los jóvenes y prácticamente deben de irse a la calle. Para los jóvenes no hay ninguna organización estatal o comunal en donde, sin pagar y según sus gustos, puedan pasar su tiempo o hacer cosas de interés. Dependen de organizaciones comerciales, que para utilizarlas deben de conseguir primero la suma necesaria.

Algunos mareros están sólo porque sus padres o sus hermanos mayores han emigrado definitivamente o temporalmente a los EEUU. En el estudio de Lorena Cuerno (2000: 64) se puso de manifiesto que nueve de cada diez entrevistados de los jóvenes salvadoreños tenían familia en los EEUU, sin que fueran directamente ayudados económicamente por ellos. Contaron que esos familiares ocasionalmente cuando los visitaban, les traían ropa, videos, equipos de sonido, CDs, o cosas de consumo parecidas, que vendían para poder sobrevivir o para comprar drogas.

Actividades y preferencias

"La calle le enseña a uno a vivir o morir y, pues, uno tiene que aprender a rifársela" (pandillero, según Cuerno 2000: 67).

²³ En la investigación del IUDOP, la mitad de los encuestados manifestaron que el mes anterior habían buscado en vano un trabajo.

²⁴ En Honduras estaban, según Boddiger (2001: 2), en el momento de la encuesta un 45 por ciento de los en el año 2000 encuestados sin trabajo.

"Sólo Dios sabe lo que me tocó andar por estos barrios. Se cansa uno de la 'vida loca' Pero a veces es inevitable. No hay nada que hacer. Y uno se mete o se mete.... se empieza vaci-"brincan" a uno y ya. Yo vivo en la calle desde los nueve años y es mejor andar con la mara que solo. Aunque como mujer es más difícil" (pandillera, según Cuerno 2000: 63).

En el centro de la mara o pandilla está lo que los jóvenes llaman "la vida loca": la sensación que trae la lucha de la propia banda con bandas rivales de otros barrios, con otros jóvenes que se creen más que ellos ("burgueses"), o con la policía, se llama en Nicaragua la *cateadera*. Lo que les guía es el gusto por la provocación y el (no siempre calculado) riesgo de hacer cosas, que para "normales" ciudadanos, se consideran escandalosas o que están claramente prohibidas. Lo que más les gusta de la vida en las pandillas, es lo que en las maras de El Salvador se llaman los *vaciles*. Esto puede significar cualquier cosa: desde las buenas vivencias en la pandilla y el sentido de pertenencia, hasta sus actividades al límite de lo legal o, más allá de la ley, *la acción* – expresa a la vez el mundo de los pandilleros y pandilleras con sus aspectos buenos y malos – de los que ellos son también conscientes.

La mayoría de los pandilleros roban y consumen drogas (sobre todo marihuana y alcohol, y desde hace poco también con frecuencia *crack*). Aunque estas actividades, que la prensa y los políticos acusan y destacan como típicas de las bandas de jóvenes, no son una característica especial de las pandillas y maras, sino que están bastante extendidas entre todos los jóvenes. Las drogas son parte de la vida cotidiana de las pandillas, pero no son ni la causa ni el motivo para estar juntos. En robos y atracos no participan en absoluto todos los pandilleros y – esto me parece importante de destacar – se practican raramente como *pandilla*. Las actividades prioritarias que el grupo hace como pandilla o mara, son las peleas, los pleitos, las luchas dirigidas en grupo. Esto une a todos los pandilleros y pandilleras, que por cierto, casi nunca van a luchar bajo el efecto de las drogas²⁵.

La participación en las peleas y las habilidades y el valor mostrado, es decisivo para el reconocimiento social y la posición de los pandilleros y los mareros en el grupo. Les dan perfil y prestigio. La filosofía de los que luchan es actuar rápida y avispadamente antes de que el otro se adelante, y dominar la situación en la medida de lo posible. Lo decisivo es "andar sobre", y de ninguna manera dejarse achantar.

El punto de referencia en la actuación de los pandilleros es sobre todo el barrio en el que el pandillero ha crecido, donde se siente en casa y de alguna manera seguro. Aquí será también en determinadas circunstancias tomado como enemigo (p.ej. por adultos que se ocupan de la buena reputación de su barrio), pero también encuentra simpatía y ayuda (p.ej. de su madre), y se mueve en terreno conocido. La pertenencia al barrio le da un sentimiento de identidad, así como la propia pandilla. Por eso no es ninguna casualidad que las luchas de las pandillas se den para defender un territorio que pertenece al barrio o a las cuadras cercanas. Esto puede significar también que en el mismo barrio – normalmente frente a adultos, que rechazan a los jóvenes o que los tratan con hostilidad – se luche por la supremacía. Con las palabras de un pandillero de un barrio de Managua: "Nosotros gobernamos el barrio sin que nadie nos diga nada.

²⁵ En Honduras se informa, que en algunas maras, hay una prohibición interna para algunas drogas. En las maras de la ciudad de El Progreso no hay en general ninguna obligación de consumir drogas (Véase Castro/Carranza 2001: 292-293).

Si alguien nos dice algo, lo palmamos. Se acalambran porque somos muchos. Los jóvenes mandamos” (pandillero, cit. por Rocha 2000a: 23).

Jose Luis Rocha, de la Universidad Centroamericana de Managua, da la siguiente interpretación: “La reacción del pandillero en un mundo en el que él no es nadie es atacar, dominar el barrio, someter porque está sometido, demarcar un territorio porque vive en el desarraigo, asociarse a una institución que dota de identidad porque se carece de ella. El pandillero aspira a dominar en un entorno que lo excluye” (Rocha 2000a: 23).

En El Salvador (véase Cruz/Portillo Peña 1998, Santa Cruz Giral/Concha Eastman 2001) se preguntó a los jóvenes sobre lo que les gustaba de la mara y las ventajas que conllevan. Nombraron a los *vaciles* ya mencionados arriba como la parte atractiva, es decir la acción conjunta al borde y al otro lado de la legalidad, el compañerismo entre los *bróderes*, el *respeto* que han ganado, además del poder, protección, unión entre los bróderes, confianza interpersonal, dinero, libertad de los padres, y en menor medida los *pleitos*, las *hainas* (mujeres) y las drogas.

Entre las cosas que menos les gusta de la mara, nombran en primer lugar de nuevo las peleas y las drogas, sobretodo los *chambres* y los *cortos*. Como desventajas que conlleva la vida en las maras, destacan sobretodo la discriminación (a través de externos) y la persecución de la policía, así como el peligro de ser encerrados en la cárcel o el ser asesinados.

Las consideraciones sobre la vida en la mara se diferencian, por cierto de forma llamativa, de los chicos a las chicas. Estas últimas nombraron frecuentemente como aspecto negativo el *trencito*, la práctica de ofrecer servicios sexuales – en parte exigido por el jefe de la pandilla – a los miembros masculinos de la banda. Los típicos distintivos de la vida en la mara son en general considerados más negativos por las jóvenes mujeres que por sus compañeros masculinos. Las chicas destacan como momentos atractivos para ellas, sobretodo el “pasar buenos momentos juntos” y “la ropa”.

Como ya se hizo en el estudio guatemalteco de los 80 (AVANCSO 1988), en las investigaciones salvadoreñas (Cruz/Portillo Peña 1998, Santacruz Giral/Concha-Eastman 2001) también se contradice la concepción difundida de que los jóvenes huyen de los problemas y deficiencias en sus familias. Los jóvenes se incorporan a las maras sobretodo porque la vida allí es más atractiva y tiene, desde su punto de vista, más ventajas que desventajas. A pesar de las dificultades y los peligros ven más satisfechas sus necesidades físicas en todo lo que pertenece y conlleva la mara, que en otros lugares accesibles para ellos. Esto sobre todo porque en las maras son tomados y considerados como importantes. Otro estudio salvadoreño llega a la conclusión, que para muchos jóvenes, “las maras son una red social que les proporciona ingresos, autoestima y solidaridad” (Cuerno 2000: 63).

Grupo, Cultura

„En la mara se aprende un resto de cosas, entre ellas a ser bien pero bien BIEN honesto. Por ejemplo, usted tuvo *catcha* con otros dos *carrales* (amigos) y cayeron 200 varas (*quetzales*). Se reparten iguales y lo que no se puede repartir

es para la trama (comida) en partes iguales hasta que se acaba“ (pandillero, según AVANCSO 1988: 54).

„Hay una hermandad dentro de la mara que en ninguna institución, en ningún partido político ni en ninguna otra parte tienen... Los demás no comen del mismo plato y nosotros sí comemos del mismo plato, nos tapamos con la misma cobija...“ (pandillero, según Santacruz Giralt/Cruz Alas 2001: 40).

La convivencia en la pandilla crea una historia común, un intercambio permanente de conocimientos, y posibilita a los jóvenes encontrar reconocimiento y confirmar y fortalecer su nexo de amistad. La pandilla no surge para romper las leyes, sino como grupo de amigos que quieren hacer algo juntos. La fidelidad más grande es de los *bróderes* de la pandilla, no de la familia. La pandilla se convierte en una especie de familia “de forma real en el amor y las relaciones y no sólo retóricamente” (AVANCSO 1988: 27). A ello también pertenece que responden sin condiciones los unos de los otros y que se defienden.

En el grupo se estima mucho la justicia y la honestidad y son cualidades de mando. En todas las pandillas existe una especie de código de honor que es absolutamente obligatorio para todos. Éste se entiende como una respuesta a la hipocresía que han experimentado los adultos y la corrupción de la sociedad. Casi ningún pandillero se deja comprar a cambio de promesas o regalo de dinero, por ejemplo como espía de la policía.

Cada pandilla tiene sus rituales y sus reglas de funcionamiento. Siempre se refieren a la igualdad en el grupo, pero también pueden ser más o menos jerárquicas. Casi siempre hay jefes de pandillas que pueden dar instrucciones. Pero sólo son reconocidos mientras demuestran las cualidades que favorecen al grupo y mientras negocian en interés y en favor de toda la pandilla.

El ritual de admisión posibilita el reconocer si el miembro es capaz de cumplir los requerimientos del grupo. Sobre todo son importantes los requerimientos para la lucha, la fuerza corporal, habilidad, rapidez de reacción y el estar preparado a no rajarse ante los peligros. La mara *Salvatrucha* por ejemplo elige unos cuantos compañeros que durante los 13 segundos iniciales le pegan y esperan de él que se sepa defender (en la mara *Dieciocho* son 18 segundos). La mara *Morazan* exige a los nuevos miembros que lleven a cabo una pelea con cuchillos con el jefe de la pandilla a fin de medir su astucia y habilidad, y sobre todo para reconocer que no tiene miedo a disputas duras.

En el caso de las mujeres, el ritual de admisión tiene una variación. También se les exige que lleven a cabo peleas con otros, pero también existe la práctica ya mencionada del *trensito*, del donando amor. Una chica cuenta: “Una vez yo andaba bien *loca*, y cuatro batos de la clicca me dijeron que me *soltara la greña*, yo les dije que no, que para eso me había *brincado* a golpes, y uno de ellos me dijo: mira *loquita* si no soltás te vamos a *descontar*, mejor que sea por las buenas. Y pues yo bien drogada, ¿qué hacía? Ni modo, ya me tocaba y pasaron los cuatro por mí” (citado por Cuerno 2000: 69). Después de un ritual así, la chica es admitida y tiene que contar con más ataques parecidos. Por encima de todo se espera de las mujeres lo mismo que de los hombres, sea en peleas con otras pandillas o con la policía, sea en *vacilar*, los ya descritos *vaciles*.

El trato irrespetuoso de los chicos con las chicas es desde luego también en los maras discutible y da lugar a discusiones. Y no se practica de la forma descrita en todas las pandillas. Hay maras en las que se niega de forma expresa el normal reparto de roles discriminatorio para las mujeres existente en la sociedad, en las que las mujeres toman una posición de igualdad, e incluso llevan la voz cantante²⁶. Esto por lo demás vale también para la homosexualidad. Mientras que en Centroamérica se considera generalmente la homosexualidad como anormal y como una enfermedad, se practica en muchas pandillas de manera abierta entre las chicas, así como entre los chicos, y no es de ninguna manera motivo de discriminación. En el estudio de AVANCSO, la mitad de las mujeres reconocieron haber tenido relaciones lésbicas, lo que por otra parte no excluye, tener relaciones con hombres.

También desde el punto de vista cultural crean las pandillas y maras su propio mundo, que se diferencia y separa explícitamente de la sociedad “normal”. Crean (como se ve claramente en las citas mencionadas) un lenguaje propio que sólo se entiende dentro del mundo de las pandillas. En él se mezclan frecuentemente palabras del español y del inglés, aunque también se recurre a versiones del español que eran usuales en tiempos pasados (*el malespín*), o que se utilizan en otros países de América Latina, sobre todo en México, Colombia y Venezuela. Al mismo tiempo son creadas nuevas palabras llenas de gracia e ironía²⁷. Además está el lenguaje escrito, los graffiti y placazos, que a menudo sólo son comprendidos por los pandilleros, y que con frecuencia sirven para el marcar el propio territorio, o transmiten determinados mensajes. Del mismo modo, el lenguaje simbólico de los tatuajes y la pintura en las paredes, así como un determinado estilo en los gestos del lenguaje corporal, es lo único que tienen reservado entre sí, en la comunicación entre pandilleros y mareros.

Las preferencias musicales abarcan un espectro amplio, desde la romántica y melancólica música de los lugares donde se habla español (cumbia colombiana, p.ej.), hasta el rock inglés, y sobre todo Rap/HipHop (*break dance*), Heavy Metal y Punk. Pero también cantantes desde El Puma, hasta Santana y Rod Stewart, desde Tina Turner hasta Tatiana y grupos como Timbiriche están entre sus favoritos. A algunos mareros les gusta el tradicional instrumento de la marimba, que proviene de la tradición indígena. Al contrario que en México (véase Reguillo Cruz 1995), en Centroamérica es raro que las *pandillas* formen grupos musicales, creen letras de canciones o un estilo musical propio. Pero están muy receptivos a esas cosas, como muestra la iniciativa de la cantante de rock Lorena Cuerno en El Salvador.

Violencia y deseo de justicia

²⁶ Sobre maras que se componen exclusivamente de mujeres, informa Merino (2001: 172 y 190), se llaman a sí mismas *Las Guerreras* y *Las Gatas*.

²⁷ Roger Matus Lazo (1997) recopiló, sólo en Nicaragua, más de 1500 palabras y analizó su origen y significado. Para policía hay más de 20 términos, para droga hay más de 70 términos. A la pandilla misma se le llama también *machada*. Sobre el lenguaje de las maras en El Salvador, véase Cuerno (2000: 72).

„Con violencia fui implantando respeto. Antes nadie me respetaba porque era pobre. Pero yo me hice respetar, y es muy importante ganarse el respeto“ (pandillero, según Rocha 2000a: 24).

„Hay muchas personas que son incrédulas (de tus buenas intenciones). Sólo porque ven que pertenecés a una pandilla, piensan que eres del todo malo. Pero no es así. Si te sentís muy querido y apreciado por los de tu comunidad, sentís también un gran aprecio por ellos, hasta querer dar tu vida para salvarlos de cualquier peligro y hacerles favores sin esperar ninguna recompensa“ (pandillero de los *Vatos Locos*, según Castro/Carranza 2001: 318).

La violencia psíquica y los enfrentamientos armados tienen un papel central en la maras y pandillas actualmente. Pero aunque muchos mareros y pandilleros cometen actos ilegales y no se ocupan de las leyes, sería quedarse muy corto el considerarlos una subcultura criminal. “La mayoría de ellos poseen razones para estar en las pandillas que van más allá del simple interés en involucrarse en situaciones delictivas” (Cruz/Portillo Peña 1998:164). Las maras deben de entenderse más como una variante de la cultura de sobrevivencia de los pobres y de los rechazados y un reflejo de la violencia extendida y practicada por todas partes en América Latina (véase Castillo Berthier 1994, Fournier 2000).

El sociólogo salvadoreño José Miguel Cruz, en un estudio sobre las formas y causas de la violencia en El Salvador, habla de una “cultura de la violencia”. Esto lo entiende él como “la creación de valores y normas que legitiman y conceden un privilegio al uso de la violencia en cualquier ámbito frente a otras formas de comportamiento social” (Cruz 1997: 980; véase también Cruz/Gonzalez 1997). Desde el acuerdo de paz en El Salvador en 1992, se mueren al año 8,000 personas por actos violentos, esto significa que unos 140 muertos por cada 100,000 habitantes. En total son asesinados en América Latina 140,000 al año, sin contar los cientos de miles que mueren antes de tiempo porque sufren de hambre, o deben de vivir en unas condiciones que entierran su salud. Por año, 28 millones de familias son víctimas de robos y atracos, casi una por segundo. Este tipo de violencia es en Latinoamérica cinco veces más alto que en el resto del mundo (véase Rocha 2000a: 19). El aumento de la violencia no es solamente una consecuencia de la pobreza, sino que tiene su origen en la creciente desigualdad social que transmite a muchas personas la sensación de ser tratados injusta e indignamente, y crea desesperación y rabia.

Las neoliberales “medidas de ajuste estructurales”, que en los países de América Latina, desde el golpe militar chileno del año 1973 fueron impuestas por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y otras instituciones de finanzas internacionales, y muy complacientemente ejecutadas en ventaja propia por las prevenidas y corruptas “élites” nacionales, son en sí mismas una forma de violencia estructural. Éstas no solamente han aumentado la pobreza, sino que están produciendo cambios culturales fundamentales, sujetando la imagen que las personas tienen de sí mismas y su modo de vida a nuevos estándares, los cuales a causa de la situación de vida de las personas, no podrían ser cumplidos. La posesión de dinero y hacer fortuna, el adquirir bienes de consumo llegan a ser las características prioritarias de una vida admirada y estupenda, cueste esto lo que cueste. “Valores que han facilitado la convivencia, como la solidaridad, la honestidad, o la lealtad, entran necesariamente en contradicción con el nuevo sistema axiológico, puesto que se hacen poco eficientes y competitivos”

(Fournier 2000: 152). Como consecuencia se entierra la pertenencia social, las relaciones de confianza entre familiares, amigos y vecinos se someten a una dura prueba, y no raramente son destruidas.

El desmoronamiento de la cohesión social y la violencia lo viven los jóvenes de muchas maneras, mucho antes de unirse a una pandilla. Ya de niños tienen la experiencia de ver a su padre o padrastro de mal humor, irresponsable, violento y malo. En muchas familias rige el alcohol como producto del esfuerzo excesivo y de la desesperación. En El Salvador una investigación dió como resultado que el 80.5 por ciento de los encuestados fueron maltratados cuando eran niños. Casi la mitad ha vivido que las mujeres y los niños eran insultados y amenazados regularmente (Cruz/González 1997). El estudio de AVANCSO subraya que a menudo no es debido al estado incompleto de la familia, sino que lo que les hace a los jóvenes la vida difícil, es el comportamiento angustioso e inseguro de los adultos y la imposibilidad de comunicarse con ellos y poder desarrollar una relación de confianza (AVANCSO 1988: 20). También en El Salvador, en la nueva investigación del IUDOP, se rechaza claramente la extendida “hipótesis simplista” de que los mareros provienen de “hogares desintegrados” (Santa Cruz Giral/Concha-Eastman 2001: 67). Pero se destaca – como también en otras investigaciones – que la vida familiar de los pandilleros está impregnada de violencia y falta de entendimiento. Sobre todo es en las chicas esa experiencia el motivo de que se unan a una mara.

Los jóvenes viven violencia e injusticia día a día en la calle, en la escuela, buscando trabajo, en el trato con las autoridades estatales. En la escuela se ven discriminados y menospreciados por profesores que están sobrecargados de trabajo y mal pagados. La búsqueda de trabajo es como un callejón lleno de golpes y cuando excepcionalmente una vez encuentran un trabajo pagado tienen que contentarse con un salario miserable, que no es ni por asomo suficiente para satisfacer sus necesidades vitales. Sólo a causa de tatuajes o de ropa inusual o a causa del lugar donde viven, son considerados por las autoridades estatales o por los autodenominados “escuadrones de la muerte” y otros grupos paramilitares como delincuentes potenciales o de hecho, y son objeto de vejaciones, amenazados y frecuentemente incluso asesinados. Por la mínima causa son encerrados por la policía y maltratados, las chicas con frecuencia violadas.

Cuando los jóvenes se unen a una pandilla, la mayoría están convencidos, que viven en un mundo injusto, y que a ellos les ocurre la injusticia. Ellos entienden su mara, como una venganza contra este mundo que les hace daño. Ante sus ojos hay gente rica que se aprovecha a su favor de los otros, y gente pobre que es exprimida y que debe aguantar demasiado. Ellos piensan que la sociedad no sirve a los pobres y los jóvenes, y no quieren tener nada que ver con ella. “Sociedad, en eso yo no tomo parte”, dice un marero en Guatemala (citado por AVANCSO 1988: 28).

De la experiencia de la pobreza y de las amenazas, los mareros saben que deben de actuar juntos para no hundirse. Pero no son políticamente radicales, en el sentido de que quieran cambiar la sociedad que consideran hostil e injusta. Ellos defienden en primera línea a sí mismos y quieren asegurar la parte del pastel que les corresponde, ya sea a través de la violencia. Más allá de, por la miseria en que viven, innata apropiación de bienes para atender necesidades inmediatas, las pandillas representan “una actitud contestataria de quienes han quedado en situación de marginalidad material o espiritual

en el sistema, es decir sin posibilidades reales para concretar y realizar un proyecto de vida válido y digno” (Escobar 1996: 336).

En la medida en que los jóvenes se integran en una pandilla manifiestan que a ellos la sociedad les impide las oportunidades educativas, culturales y económicas para desarrollarse como persona y vivir una vida satisfactoria. Ellos de ninguna manera idealizan su “vida loca” y tienen un comportamiento ambivalente en relación a su manera de actuar²⁸, pero no ven otra posibilidad de vivir su vida y tener una identidad propia. Ellos ven en sus actos criminales y en la propia violencia un medio al menos legítimo, para satisfacer sus necesidades básicas, emocionales y materiales, y conservar un cierto nivel psíquico y económico²⁹.

Para ellos es mejor sentirse importante y valorado bajo circunstancias peligrosas, que ser “nada” o “nadie”, según Cruz y Portillo Peña (1998: 145), en su intento de acentuar los motivos y las sensaciones de los mareros. El adolescente particular „se encuentra en una mejor situación como miembro de una mara que como adolescente en el barrio, teniendo en cuenta consideraciones que son importantes para él. La decisión de hacerse miembro de una mara puede ser decisiva para el adolescente debido a que los beneficios son mayores que los costos..., pero también la necesidad de acción, prestigio y estatus, dinero (obtenido o no de forma delincencial), drogas, la atención de las chicas, son todas necesidades que pueden ser satisfechas dentro de la mara³⁰ (Savenije/Lodewijx 1998: 127, cit. por Santacruz Giralt/Concha-Eastman 2001: 114).

La pertenencia a una pandilla se entiende finalmente como intento de obtener de nuevo un espacio social que se ha perdido o que en la vida “normal” es inalcanzable. Los jóvenes intentan con la pandilla “crear una sociedad para ellos mismos en medio de una donde no existe nada adecuado a sus necesidades. Lo que los jóvenes obtienen por medio de las actividades de la pandilla es lo que les es negado en el mundo de los adultos: protagonismo³¹” (Rocha 2000a: 20).

Bajo otras circunstancias políticas y sociales muchos jóvenes que están en las pandillas desde los años 80, habrían encontrado probablemente otras formas de expresión menos violentas y destructivas o se hubieran unido a movimientos sociales dirigidos a cambiar sus circunstancias de vida. Pero actualmente no es “el tiempo de movimientos comunales”, y alternativas políticas apenas existen. También las consideradas organizaciones progresistas tienden a seguir los estereotipos extendidos por los medios de comunicación masivos y las instituciones policiales y rechazan a los jóvenes de las pandillas por *lumpen* e incluso luchan contra ellos colaborando con la policía (véase AVANCSO 1993; Castro/Carranza 2001: 316). Sin embargo, lentamente se extiende el reconocimiento de que muchos jóvenes que actualmente están involucrados en las pandillas, están del todo receptivos a soluciones alternativas a sus problemas bajo las

²⁸ La investigación del IUDOP llega al resultado “paradójico”, de lo que a los jóvenes “les atrae de las pandillas, parece ser lo mismo por lo que las quieren dejar. Parece que los jóvenes tienen claro que su futuro no está en las pandillas” (IUDOP 1997: 710). Véase también la interpretación de pandilla como “carcel cultural” (Rocha 2000b).

²⁹ Rocha (2000a: 24) llama la atención de que en una vida oprimida y sin esperanzas, en la que el suicidio está presente como un peligro permanente, la vida de pandillero puede significar darle paroli a la muerte y el intento de solucionar un conflicto – hasta ahora muy poco investigado – psíquico existencial .

³⁰ Considerado desde el punto de vista de un marero masculino (nota de ML).

³¹ Para el debate sobre el protagonismo de niños y adolescentes en América Latina, véase: Liebel 1994, Liebel 2000 y los aportes en Liebel/Overwien/Recknagel 2001.

condiciones previas de ser tomados en serio como personas autónomas, ser respetados y ser apoyados a terminar con la violencia experimentada por ellos mismos, con el desprecio hacia sus derechos y su dignidad³².

Referencias

- Ardila Pedraza, Amparo; Javier Pombo Rodríguez; Rubén Darío Puerto R. (1995): *Pandillas Juveniles. Una historia de amor y desamor*. Santa Fé de Bogotá: Secretaría de Educación – Fundación FES.
- Arguedas, Carlos; Giannina Segnini (2000) : Inquietud por brote de pandillas. Barras emergen en zonas marginales, en: *La Nación*, 29 de octubre. San José, Costa Rica.
- Argueta, Sandra, et al. (1992): Diagnóstico de los grupos llamados “maras” en San Salvador. Factores psicosociales que prevalecen en los jóvenes que los integran, en: *Revista de Psicología de El Salvador*, 2.43: 53-84. San Salvador: UCA.
- AVANCSO (1988): *On Their Own. A preliminar study of youth gangs in Guatemala City* (= Cuadernos de Investigación, N° 4). Guatemala: Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala (en castellano: *Por sí mismos: un estudio preliminar de las 'maras' en la ciudad de Guatemala*, 3a edición 1996).
- AVANCSO (1993): *"Aquí corre la bola". Organización y Relaciones Sociales en una Comunidad Popular Urbana* (= Cuadernos de Investigación, N° 9). Guatemala: Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala.
- Boddiger, David (2001): Pandilleros recanalizan energías, en: *Noticias aliadas*, 38.28: 1-2.
- CANTERA (1992): *¿Cual es la nota de los cipotes? Una experiencia de Educación Popular entre los niños y la comunidad*. Managua: Centro de Educación y Comunicación Popular.
- Castillo Berthier, Hector (1994): Violencia urbana y cultura en la juventud contemporánea, en: Alberto Concha Eastman et al (eds.): *Ciudad y Violencias en América Latina*. Quito, Ecuador: Programa de Gestión Urbana – PGU, 221-234.
- Castro, Misael; Marlon Carranza (2001): La maras en Honduras, en: *MPC 2001*: 219-332.
- Cruz, José Miguel (1997): Los factores posibilitadores y las expresiones de la violencia en los noventa, en: *Estudios Centroamericanos*, 52.588: 977-992. San Salvador.
- Cruz, José Miguel; Luis Armando González (1997): Magnitud de la violencia en El Salvador, en: *Estudios Centromericanos*, 52.588: 953-966. San Salvador.
- Cruz, José Miguel; Nelson Portillo Peña (1998): *Solidaridad y violencia en las pandillas del gran San Salvador. Más allá de la vida loca*. San Salvador: UCA Editores.

³² Sobre esta práctica, hay en México un serie de ejemplos (véase Gomezjara 1987b, Serna Hernández 2000). También en algunos países de América Latina hay – la mayoría en un contexto de práctica comunal y cultural de barrio –, desde hace poco tiempo proyectos parecidos, con la activa cooperación de pandilleros, en los que se busca alternativas a la violencia y se posibilitan otras experiencias. Son descritos para El Salvador por Cuerno 2000, para Nicaragua por Rocha 2000b y Sosa Meléndez/Rocha 2001, para la ciudad hondureña de San Pedro Sula, por Boddiger 2001. Para anteriores planteamientos en Nicaragua, que fueron desarrollados en el contexto de la Educación Popular, véase también Liebel 1992 y CANTERA 1992. Las investigaciones del IUDOP de 1996 (Cruz/Portillo Peña 1998) y 2000 (Santacruz Giralt/Concha-Eastman 2001), desembocan en amplias recomendaciones para las políticas públicas.

- Cuerno, Lorena (2000): El lado oscuro de la calle. El caso extremo de las maras, en: *JOVENes. Revista de Estudios sobre Juventud*, Nueva época, 4.10: 62-77. México, D.F..
- DeCesare, Donna (1998): The Children of War. Street Gangs in El Salvador, en: *NACLA Report on the Americas*, 32.1: 21-29.
- Dubet, François (1987): *La galère: jeunes en survie*. Paris: Fayard.
- Encinas Garza, José Lorenzo (1994): *Bandas juveniles: perspectivas teóricas*. México, D.F.: Ed. Trillas.
- Escobar, Francisco Andrés (1996): Por mi madre vivo y por mi barrio muero. Una aproximación al fenómeno de las maras, en: *Estudios Centroamericanos*, 51.570: 327-349. San Salvador.
- Feixa, Carles; Fidel Molina; Carles Alsinet (eds.) (2002): *Movimientos juveniles en America Latina. Pachucos, malandros, punketas*. Barcelona : Ed. Ariel.
- Fournier, Marco Vinicio (2000): Violencia y juventud en América Latina, en: *Nueva Sociedad*, 167: 147-156. Caracas.
- Gomezjara, Francisco A. et al (1987a): *Las bandas en tiempo de crisis*. México, D.F.: Ed. Nueva Sociología.
- Gomezjara, Francisco A. et al (1987b): *Pandillerismo en el estallido urbano*. México, D.F.: Fontamara.
- IUDOP – Instituto Universitario de Opinión Pública (1997): Solidaridad y violencia. Los jóvenes pandilleros en el gran San Salvador, en: *Estudios Centroamericanos*, 52.585/586: 695-710. San Salvador.
- Krauskopf, Dina (1996): Violencia juvenil: Alerta social, en: *Revista Parlamentaria*, 4.3: 775-801. San José, Costa Rica.
- Liebel, Manfred (1992): *Mala Onda. La juventud popular en América Latina*. Managua: Ed. Nicaragua.
- Liebel, Manfred (1994): *Protagonismo Infantil. Movimientos de niños trabajadores en América Latina*. Managua: Ed. Nueva Nicaragua.
- Liebel, Manfred (2000): *La Otra Infancia. Niñez trabajadora y acción social*. Lima : Ed. Ifejant.
- Liebel, Manfred; Bernd Overwien; Albert Recknagel (eds.) (2001): *Working Children's Protagonism. Social Movements and empowerment in Latin America, Africa and India*. Fráncfort y Londres: IKO.
- Maras y Pandillas en Centroamérica (MPC, 2001)*, eds. Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación (ERIC), Honduras; Instituto de Encuestas y Sondeo de Opinión (IDESO), Nicaragua; Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales (IDIES), Guatemala; Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP), El Salvador. Managua: UCA Publicaciones.
- Matus Lazo, Roger (1997): *El lenguaje del pandillero en Nicaragua*. Managua: Centro de Investigación de la Realidad.
- Merino, Juan (2001): La maras en Guatemala, en: *MPC 2001*: 109-218.
- Muñoz Chacón, Sergio (2000): *Los Dorados*. San José, Costa Rica : Editores Alambique.
- Orellana Maglioni, Jesús Humberto (1998): *Violencia Juvenil. La Pandilla*. Tegucigalpa, Honduras: AECI-PNUD.
- Ramos, C. (ed.) (1998): *América Central en los noventa: problemas de juventud*. San Salvador: Imprenta Criterio.

- Reguillo Cruz, Rossana (1995): *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*. 2° edición ampliada, Guadalajara, Mexiko: ITESO.
- Rocha, José Luis (2000a): Pandillero: la mano que empuña el morsero, en: *envío – Revista mensual de la Universidad Centroamericana (UCA)*, 19.216: 17-25. Managua.
- Rocha, José Luis (2000b): Pandillas: una carcel cultural, en: *envío – Revista mensual de la Universidad Centroamericana (UCA)*, 19.219: 13-22. Managua.
- Rocha, José Luis (2001): Balance de los estudios en los cuatro países, en: *MPC 2001*: 431-444.
- Rodgers, Dennis (1997): Un antropólogo-pandillero en un barrio de Managua, en: *envío – Revista mensual de la Universidad Centroamericana (UCA)*, 16.184: 10-16. Managua.
- Salazar J., Alonso (1990): *No nacimos pa' semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín*. Medellín: CINEP.
- Salazar J., Alonso (2002): Sicarios. Una mirada a las violencias colombianas, en: Feixes/Molina/Alsinet 2002: 103-112.
- Salomon, Leticia (1993): *La Violencia en Honduras 1980 – 1993*. Tegucigalpa: CEDOH, CONADEH.
- Salomon, Leticia; Julieta Castellanos / Mirna Flores (1999): *La Delincuencia Juvenil. Los Menores Infractores en Honduras*. Tegucigalpa: CEDOH.
- Santacruz Giralt, María L.; Alberto Concha-Eastman (2001): *Barrio adentro. La solidaridad violenta de las pandillas*. San Salvador: IUDOP.
- Santacruz Giralt, María L.; José Miguel Cruz Alas (2001): La maras en El Salvador, en: *MPC 2001*: 15-107.
- Savenije, M.; H. Lodewijkx (1998): Aspectos expresivos e instrumentales de la violencia entre pandillas juveniles salvadoreñas: una investigación de campo, en: Ramos 1998.
- Serna Hernández, Leslie (2000): Las organizaciones juveniles. De los movimientos sociales a la autogestión, en: *JOVENes. Revista de Estudios sobre Juventud*, Nueva época, 4.11: 114-130. México, D.F..
- Smutt, Marcela; Jenny Lissette Miranda (1998): *El fenómeno de las pandillas en El Salvador* (= Serie Adolescencia 2). San Salvador: UNICEF, FLACSO.
- Sosa Meléndez, Juan-José; José Luis Rocha (2001): Las pandillas en Nicaragua, en: *MPC 2001*: 333-430.
- Urteaga Castro-Pozo, Maritza (2000): Formas de agregación juvenil, en: José Antonio Pérez Islas (coord.): *Jóvenes: Una evaluación de conocimiento. La investigación sobre Juventud en México 1986 – 1999*, Vol. 2. México, D.F.: Instituto Mexicano de la Juventud, 405-516.
- Valenzuela Arce, José Manuel (2002): De los pachucos a los cholos. Movimientos juveniles en la frontera México-Estados Unidos, en: Feixa/Molina/Alsinet 2002: 11-34.
- Vigil, James Diego (1994): *Barrio Gangs. Street Life and Identity in Southern California*. Austin: University of Texas Press (4a edición).